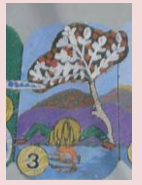




más importante, más elemental, más desconocedora de tentativas como
 como condigar en un lugar tan moderno por, también, elijo lo
 "nuestro", más obsoletos, más inclinados a mantener nuestros
 ojos y oídos bien abiertos porque dentro de nuestra ignorancia estamos bien
 sabedores — a pesar de ser "insubordinados" — de que el orden de cosas y de
 leyes, y de apercibir y contener y de conocimientos con que nos
 desenvolvamos no era posible que permaneciera indolentemente así.
 Pero vestíamos demasiado estorbados, abarrotados y hasta emborronados
 con el tema de la supervivencia y con el tema del día, de acá para allá,
 en nosotros y en venenos, una agilidad sobre sus entornos y sus difusos de
 nosotros.
 Y tuvimos que esperar a que llegase un momento de calma que se demostre
 una necesidad, pero luego aunque muchos no quisieran a ver y faros
 como los que, desgranando vasos de jodas, o de gusanos, a lo mejor,
 pueden permitir el gran lujo de sill, cuando aludidos de la luz y de
 tomando el m. Dije de la mañana, dedican a pensar y a trazar de
 desentendi los grandes momentos que los servicios y que no dijimos —
 eso no — de suspenderlo tanto como uno a pie de las pequeñas
 diferencias que a ellos les parecían abarrotados con las suscripciones a
 nosotros, los de antes, los que recibidos tras una dura jornada nos
 dejábamos caer sobre el duro suelo o, todo lo más, sobre un lecho de hojas
 amontonadas en el que solíamos — así siempre abarrotados — con lo que día
 a ser algún día en Plácido o un Fier o algún otro tipo de cochón, de lacer,
 a la mejor, a alguno de esos abarrotados que se permiten ver con perfecta
 comodidad la televisión que, por entonces, consistía de un solo canal y la
 programación nada más consistía, en el momento de noche nos quedaba
 entidad sagrada que un arador se había usado cuando después de
 haber terminado de usar permanecían allí, pensativos dando vueltas en
 nuestras cabezas al pensar que no sabíamos calcular cuánto tiempo más
 había pasado sin que nadie viniera, un chavalillo fuerte como de muchachos
 tanas secas que quedaban todas al mismo tiempo, y, en segunda, una
 entidad sagrada — las entidades sagradas se prodigan mucho por

La respuesta



no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno y
 como muy bien sabrá a estas alturas de nuestra historia todo el mundo más
 que llegar y decir una sarta de sandeces encaminadas — eso, mire usted, si
 que conviene el tenerlo presente si es que no queremos (y nosotros no
 queríamos, pero ahora la historia ha cambiado de manos y a saber qué
 quieren ustedes tan caprichosas como son las modas) que se nos descuelgue
 algún capítulo que se quedaría por ahí perdido y, bueno, no es que importe,
 todas las historias auténticas están plagadas de tantos capítulos perdidos
 como días vividos a lo tonto en que maldita la falta que hizo que se
 levantase el que los viviere de la cama; pero esas licencias las otorga la
 realidad y sólo la realidad, en tanto que la ficción es mucho más tacaña y,
 una vez que has abierto el ojo y puesto los pies en el suelo, todos tus actos
 y tus gestos, hasta los más cotidianos y espontáneos, incluso tus
 pensamientos más secretos, han de ceñirse a criterios enormemente rígidos
 de coherencia o, por lo menos, de incuestionable utilidad — a no perder el
 hilo que a modo de cordón umbilical nos mantenga vinculados cueste lo
 que cueste, contra viento y marea, al hecho de todo punto insoslayable de
 que [éramos algo](#) que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó no
 dio problemas y no porque la más corpulenta de las Fuenfría, o de las
 Soriano o de las Navarrete, o la más aficionada a las películas musicales de
 las Gorgondiola o acatarrada de las Olmedo olvidara o se negase a decir
 que pero, bueno, eso es muy elástico; que quien tenga curiosidad por
 comprobarlo no tiene más que teclear en cualquiera de las versiones
 anteriores a esta o incluso en alguna de las posteriores y ahí podrá ver con
 sus propios ojos cómo en efecto, cuando les correspondió comparecer y
 hacer uso de la palabra, lo dijeron puntualmente y sin trastabillar, de
 corrido y sin que les diera la tos ni uno de esos tontos ataques de risa que la
 ponen a una tan en evidencia ni nada de nada.

Y porque no parece problemática es quizás por lo que uno (o
 una) se confía, para empezar, y para seguir — puede tal vez que bajo los
 efectos de la tensión acumulada ante el temor de omitir sin quererlo un
 punto o una coma o una inflexión de la voz del todo determinante — , se
 relaja una vez superado el duro trance de largar de un tirón una parrafada
 que, vale, no es el soliloquio de Hamlet ni la mitad de triste, pero tiene su
 gracia y, sin quererlo, se queda un poquito traspuesto (“traspuesta”, para
 ser exactos porque quien haya tenido la curiosidad de teclear en cualquiera
 de las versiones anteriores a esta o incluso en alguna de las posteriores
 habrá también visto de paso que quien [se quedó](#) ahí sentada era “ella”) de
 manera que , esperando — un ratito corto primero y más largo a medida
 que iba cayendo la oscuridad y avanzando una noche que por alguna razón

La respuesta

incomprensible pero sin la menor duda de enorme peso no terminaba de cerrarse del todo por más que los técnicos repasaron resortes, y desmontaron y volvieron a montar cerraduras, y sellaron orificios y grietas y antiquísimos conductos que, si estaban ahí, pues por algo sería, sí, pero que aspasen al que tuviese pajolera idea de cuantísimos lustros no haría que habrían sido clausurados —, se quedó como venimos de decir dormida.

¿Había ocurrido algo semejante alguna vez?

Nadie sabía.

No se podía negar sin embargo — ni responder con un evasivo “no sé” porque ahí estaba la señorita Oriana¹ más implacable que la más tirana de todas las ficciones exigiendo no saltarse “que os conozco, ningún enlace de la versión que os he dado, ahí lo tenéis, arriba del todo, la 9a, como modelo” — que, a unos oídos más que a otros, habían ido llegando siempre con cuentagotas ciertos fragmentos de leyendas transmitidas de generación en generación, como se deben transmitir las leyendas, pero en un estado de conservación tan lamentable y relatados en lenguas tan diversas y por voces, a veces, gangosas y quebradas de abuelos venerables al amor de la lumbre de chimeneas de esas que presiden salones fastuosos con arañas, cuadros, tapices, porcelanas y alfombras turcas, persas o afganas y, otras, entre estornudos y moqueos de menesterosos al desamor de gélidos eriales, que — como sucedería a cualesquiera otras obras de arte que se precien de tales —, al verse sometidas a cambios tan bruscos de temperatura, humedad y traducción no siempre literal ni simultánea, no pudieron soportar el paso del tiempo y, bueno... ahí estaban, sí, pero a ver quién era el guapo que sabía recuperarlas, remozarlas, desempolvarlas, despojarlas de tantas capas de invención irreflexiva, incluso burda a ratos, como amenazaban con asfixiarlas y, desnudas, mostrarlas ante sus asombrados congéneres.

El guapo no podía ser otro, en opinión de lo más granado de la juventud femenina aún casadera e incluso de las solteronas más definitivamente perdidas para la causa salvo en el caso de que se quisiera elegir a algún chico más habilidoso pero se llamase Federico o Clodoaldo; en cuyo caso habría sido necesario reimprimir o tirar a la basura una montonera de versiones con sus correspondientes copias — y con una ventaja que dejaba a Ovidio, pese a que también tenía su público porque como decía doña Loreto siempre habrá un roto para un descosido, a la

¹ O Benilde o Violeta o Marcela.

La respuesta

altura del betún —, que el primo Diorante; pero el primo Diorante, tal vez por aquello de que no se puede tener todo, era un verdadero manazas.

Simpático, ocurrente, ingenioso; un dechado en fin de perfecciones en lo tocante al intelecto, pero, con sus manos de artista tan bonitas, un zarpas en toda la extensión de la palabra.

Así que aunque todo el mundo pensara en él, que se pensó, a nadie se le hubiera debido pasar por la cabeza proponerlo como adalid de una empresa tan... no digamos “imposible” caso de no querer pasar por pusilánimes de esos que se ahogan en un vaso de agua, sugirió Bernardina la del quinto — por buen nombre, también, para algunos, “la de Gargayo”, [un tal Estanislao](#) — pero sí “un poquito complicada”.

Y justo aquí es ~~cuando~~ donde la señorita Marcela² decía “ya basta” y empezaba a recoger los papeles y ~~donde~~ cuando algunas de las más empollonas se ponían a hacer preguntas queriendo saber qué pasaba, la una, con los planes desbaratados y con Proserpina y con “¡Caramba!”; y que dónde estaba la del tercero uno tan servicial sentada con su silla plegable en la escalera, la otra; y que...

La señorita, entonces³, replicaba sin inmutarse “vale, averigüémoslo si es tal vuestro deseo”; pero que recordásemos que “puestos a hacer preguntas”, decía en tono muy incisivo mirando de hito en hito a las pelotilleras, habríamos de remontarnos para responderlas a la vieja historia de la pobre Quiteria, y a la ignorancia de Ernestina y a su empecinamiento en sostenerla o, enredando un poco más “si es que tan interesadas estáis en complicar sin ninguna necesidad las cosas”, la inveterada costumbre de la hermana de no entender ni la abnegación ni el sacrificio ni... — aquí la señorita emitía un suspiro que hasta la más torpe sabía de sobra que debía ser transcrito como “un largo etcétera” que ella⁴ exigía “y que nadie me venga racaneando con abreviaturas” con todas las letras para, con ímpetu renovado, proseguir muy deprisa —: “y por no entrar, pero entramos si queréis metidas como estamos ya en harina, en temas tan del todo punto arduos como la metáfora a estas horas o el conocimiento de las artes plásticas o, por qué no, la amarga desesperación

² O Benilde u Oriana o Violeta.

³ Tanto si se trataba de Benilde como de Matilde o como de Oriana o de Violeta.

⁴ Marcela sobre todo.

La respuesta

de Ernestina o hasta el mismísimo Aristóteles” de modo que, concluía, allá nosotras pero habríamos de renunciar al recreo y quién sabía si no incluso aguantarse sin ir al baño.

Y en eso tenía, insistiremos ya se ha dicho mil veces “hasta la saciedad”⁵, toda la razón del mundo porque todas⁶ tenían idéntica habilidad a la hora de medir los tiempos y empezaban a recoger los papeles justo cuando estaba faltando en el reloj de sobre el encerado el par de minutos de rigor para que sonase la campana.

⁵ Tanto si se trataba – que también se ha dicho por lo menos otras tantas — lo mismo de Benilde u Oriana ~~como~~ que de Violeta o de Marcela.

⁶ Pero sobre todo Oriana.